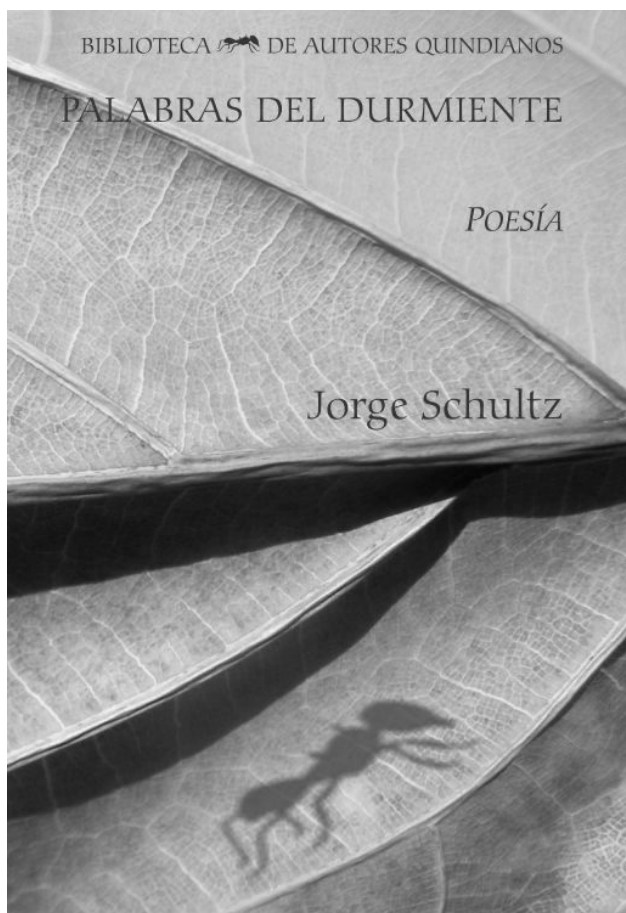


Libros



Jorge Schultz y las palabras del durmiente

Carlos Alberto Castrillón
Universidad del Quindío

La poesía de Jorge Schultz (Barranquilla, 1960) existe en su obra más reciente, *Palabras del durmiente* (2019), y en tres libros previos: *A puerta cerrada* (1998), *Cartas y postales* (2000) y *Las criaturas del insomne* (2014). Pero más que existir sobre el papel, la poesía de Schultz encarna en una doble presencia que Omar Ortiz Forero definió con precisión: “Es curioso cómo un poeta que conocemos festivo y ruidoso

como su Caribe, pletórico de gaitas y tambores, una vez se instala en el poema nos ofrece esa recogida sapiencia de una tradición que con Rojas Herazo, por ejemplo, nos hace palpar con sonidos y silencios muy cercanos a la infancia, a los recuerdos de las pequeñas cosas tan valiosas en nuestro periplo vital”.

Esa es la singularidad de Schultz, su acento, lo que lo circunscribe a la poesía de modo irremediable: Una voz que dice la belleza aunque delata algo de lenta agonía. Este poeta barranquillero, asentado en el Quindío desde hace tantos años, nos anuncia que el ser humano vive, se deleita y sufre bajo cada cielo, abierto a la resolana o sofocado por densos nubarrones. La energía incontenible habita todos los contextos, demuestra Schultz con palabra serena y afable; sin embargo, en sus poemas subyace “la fatalidad del herrumbre, el lento pero seguro corrosivo de la sal”, como lo dice Omar Ortiz Forero.

La génesis y el sentido de esta poesía notable aparecen cifrados en los versos, como una sempiterna mueca de desencanto que se avizora aquí y allá. En «La sonrisa de mi inquilino» leemos:

De todos mis poemas pocos ven la luz.
Rasgo papeles, mi mano traza una elíptica imaginaria
y la pelota va a caer al cesto.
Hay algo perverso en este asunto.
Porque siempre estoy arrojando poemas,
fatídicos crótalos que me servirían de venganza
al desprevenido paso de la muerte
si tuvieran suficiente veneno.
Alguna vez he visto erguirse un sonajero;
otras, un árbol menos en el bosque.

El poema transcrito es símbolo y víctima de ese proceso: Se ha publicado varias veces, siempre distinto, con otros títulos («Al desprevenido paso de la noche»), regido por otros pronombres (“De todos *sus* poemas...”) y por otras metáforas (“paso de la *noche*”).

Se trata entonces de una poesía que batalla para ser y permanecer, que no teme exhibir en su entramado textual el testimonio de su contingencia, la misma que el poeta declara. “No nacimos para cantar glorias”, dice Schultz, “pero celebramos el caballo que corre libre la llanura, / el oscuro tambor de nuestra lengua”. El destino no es la creación, pero ejercemos a contramano su infortunado mandamiento.

Es evidente que los versos de Schultz han estado más cerca de la irradiación poética que del lamento y de la profusión verbal. En «A merced de la canícula» encontramos una imagen paradigmática:

No elegimos el destino de cargar fardos.
De apilar nuestro dolor en las bodegas;
porque a pesar de la lejanía del invierno
hundimos las resacas semillas en la tierra,
persistimos, sembramos la palabra.

Ser es persistir, abreviar de la vida, espigar belleza en la derrota, cultivar poesía entre surcos pedregosos; y ser poeta es eso mismo, pero con dolorosa conciencia. Consideremos las admirables «Imágenes para Héctor Rojas Herazo»:

Como un animal lúcido y fantástico mira la noche,
mientras ángeles descascarados
se quiebran en patios oscuros, en las hojas.
[...]
Pasos. Retratos sepias, y catres con mapas de sudor
en los que un tío de mostachos, un arcángel quizá,
tose largas noches arropado por sus alas.

Flota el polvo rayado de sol en la memoria.
Y paraísos de ceniza en botella de mimbre.
Y moscas en un plato de luminosas naranjas.

Así, en esa atmósfera entornada y febril, transcurre la alucinación de existir tal como la ve el poeta. Por eso es indispensable un gesto que nos abrigue con algún sentido; un ejemplo lo encontramos en «Niebla», poema que fluye

al amparo del agudo discurso de Rojas Herazo en «Límite y resplandor»: “Algo me fue negado desde mi comienzo [...] / En otra edad dichosa / mi palabra fue herida de terrestre amargura”. Jorge Schultz rinde tributo al maestro de Tolú con esta perdurable fábula:

Abres los ojos y te miras las manos con asombro.
Esa bruma antigua
similar a tu gesto y a tu rostro,
a tu superficie y a tu fondo.
Quizás faltó ajustar más el alma, piensas,
correrla un poco hacia la izquierda
y una vuelta más a la memoria.
Una mañana mientras te bañas, te despiertas.
Te riegas algo de perfume y sales cojeando de la casa.

Ese es el punto: Reparar el alma desvencijada, enmascarar las miserias, conjurar la memoria empozada y salir cojeando a la calle, a la promesa de la alborada, a la lucha cotidiana. Es duro el límite, pero consuela el resplandor.

Cuando leemos la obra completa de Jorge Schultz nos damos cuenta de que los poemas han sufrido en las manos de su creador por el exceso de retoque, enmienda y reescritura. Los ajustes constantes para buscarle a cada composición perfiles inéditos, o para afinar las imágenes, obedecen tal vez al gusto por la flagelación poética, como se infiere al comparar las versiones publicadas. En varias de las mutaciones no es claro qué se ha ganado, aunque sí se puede señalar lo perdido. En 2017 el poeta intentó un orden en la evolución de su poesía y preparó un volumen intenso y coherente, titulado *Secreta mordedura*, que quedó sólo en el diseño de la prueba de impresión; allí los poemas lograban algo de reposo al concluir el eterno circuito de las transmigraciones verbales. El proyecto no prosperó pero parte de ese esfuerzo editorial se ha trasladado a *Palabras del durmiente*, un nuevo poemario que, en mi opinión, aporta la consistencia que esta poesía reclamaba. Al aparecer compilados, los poemas pueden descansar por fin del lápiz inmisericorde, que no pierde su filo ni agota su goma de borrar. Este

libro es un balance de cuentas del poeta consigo mismo para ofrecerse pleno al lector y tan nítido como es ahora posible.

Un atributo destaca de inmediato en *Palabras del durmiente*: Schultz es un poeta que no bifurca su palabra; con cada poema se concentra en el camino elegido y se lanza directamente hacia el efecto deseado, que es, casi siempre, una marca de silencio en el diálogo con el lector, como si bajara la voz para indicar que es otro el que debe asumir el turno en la conversación.

Entre el universo apesadumbrado del insomne y la palabra deslumbrada del durmiente, la poesía de Jorge Schultz propone una íntima alegoría de saberes ocultos en los territorios del ensueño. El poeta es *otro*, y es también otra la mano que se arriesga al fracaso cuando escribe el poema; por eso la persistencia de Pessoa, en mención natural o codificada: “Usted bien sabe qué máscaras porta el hombre / lucía muy bien la suya y nadie supo”; por eso además la periferia del *blues* y la afirmación del individuo en un mundo múltiple y multiplicado. Sin duda, la mirada es interna, sosegada, valorativa.

En la poesía, el desencanto; en la vida, la clara alegría, parece decir el poeta; pero con frecuencia modula para sostener lo contrario. Nos desconciertan en estos poemas los demonios insepultos que de vez en cuando alzan la cabeza, y también los guiños de risa que a codazo limpio se abren espacio desde el fondo del verso. La profusión musical y la dictadura de ritmos complejos no engañan al lector: No es el ritmo que eleva y adormece, sino el que amojona el contorno donde ocurre la existencia. La palabra no quiere ser agónica, pero lo es, al fin y al cabo, por más que los poemas se iluminen con imágenes sorprendentes. Es, según Schultz,

emprender un viaje a la *patagonía*, es decir, a la agonía más descastada, que recuerda el ultraje a la historia y el silencio sobre los desiertos anímicos que nos agobian.

Si en *Las criaturas del insomne* se trata del “alucinado animal que mira lejanas luces desde el agua”, en *Palabras del durmiente* nos percatamos de otro animal, alucinado ahora por las derrotas que el tiempo le dibuja en el rostro: “Se es apenas un hombre”, “se es una amalgama de grises que ya no se pregunta”. En este juego tan bizarro que es vivir, “ganes o pierdas te desnudan”; y queda nada más que una efigie sombría de vehemente icasticidad: “un gancho donde cuelga mi alma como una camisa a rayas”.

Para la poesía no faltan en este libro las palabras agrídulces. “No comáis poemas calientes; el buen poema se come frío”, dice Jaime Jaramillo Escobar en su «Perorata». Y Schultz, en «La poesía también se come», se muestra como avezado degustador: “El poema aún no escrito es un tazón de donde extraigo / con palitos chinos las letras de mi sopa estética”; pero no hay expresión estable ni verso definitivo porque “digas lo que digas siempre te deja insatisfecho”.

En el conjunto de su obra, Jorge Schultz es un poeta de espacio abierto que encontró asilo vital entre las montañas del Quindío, un movimiento geográfico y espiritual del cual no es posible salir ileso; la altitud ganada cobra su precio. Todo buen poeta es soberano de su tono, y en Schultz esa soberanía coincide con su actitud de vida, con su mesura esencial, con su fraseología generosa. Para usar otro de sus vocablos felices, es una actitud “misantropical” que abre la necesaria grieta en la solidez de las formas y promueve una lúdica vigorosa que se comparte con derroche.